

Y si estos males duran por mucho tiempo, y el remedio se dilata, así como se añade nueva dificultad por la largueza del tiempo, así es menester nueva virtud que alargue el ánimo y le haga igual, no sólo á la grandeza del mal, sino tambien á la duracion de él; y ésta llamamos longanimidad. De esta manera queda nuestro espíritu bien armado con la virtud de la fortaleza, así para sufrir las cosas adversas, como para emprender las dificultosas.

La última de las virtudes morales es la templanza, á la cual pertenece poner tasa y moderacion en el apetito y prosecucion de las cosas que causan deleite, así en las que tocan al cuerpo y los sentidos, como en las que tocan al alma y sus potencias, de manera que el apetito y concupiscencia de lo que da gusto, no haga exceder de los términos de la razon. Esta moderacion, cuando se pone en el manjar, se llama abstinencia; cuando en la bebida, principalmente del vino y de todo lo que puede embriagar, se llama sobriedad. Para templar y refrenar los deleites ilícitos y lascivos de la carne, se pone la virtud de la castidad. Y si se extiende más á renunciar los deleites lícitos del matrimonio, con firme propósito de conservar en la carne corruptible perpetua incorrupcion, eso llamamos virginidad. Para cuya guarda, y de la castidad, es necesaria una vergüenza virtuosa para contener la vista, la lengua, el rostro y las manos de cualquier cosa indecente, y que puede ofender la limpieza de la castidad; y este género de recato y vergüenza llamamos pudicicia. Y cuando se pasa más adelante, no solamente quitándole al cuerpo los entretenimientos que tienen olor de liviandad é indecencia, sino castigándole con ayunos, vigiliias, disciplinas, cilicios y otras asperezas semejantes; esto es penitencia corporal. Demás

de estas virtudes, para moderar la demasia en el hablar, ponemos la virtud del silencio; y para componer todos los movimientos y acciones del hombre exterior, la virtud de la modestia; y esto es lo que toca á la templanza acerca de las cosas corporales.

Cuanto al espíritu, en dos cosas solemos exceder ordinariamente. La primera, es en el apetito del saber cosas curiosas, secretas é inútiles, y las más veces dañosas, empezando por el contrario en el estudio de las cosas provechosas. Y para avivar el cuidado de estudiar lo provechoso, y reprimir la curiosidad del saber lo inútil y dañoso, se pone la virtud de la studiosidad. La segunda cosa en que excedemos es en el apetito de la propia excelencia, estimándonos á nosotros, y deseando ser estimados de los otros más de lo que somos y merecemos; y para moderar este apetito se pone la excelentísima virtud de la humildad, con la cual un hombre conociéndose de verdad, se desestima y tiene por vil, y de la misma manera quiere ser conocido y desestimado de los otros.

CAPÍTULO VI.

QUE TODAS LAS VIRTUDES SON NECESARIAS PARA LA PERFECCION, Y DE LA DIFICULTAD QUE RESULTA DE AQUÍ Á LOS PROFICIENTES.

Si en cualquier género aquello se llama perfecto que no le falta nada, sin duda mucho le falta á quien le falta cualquiera de las virtudes; y así no puede ser ni

llamarse perfecto. Porque como cada virtud disponga el alma para obrar debidamente y conforme á razon en ciertas materias y ocasiones, faltando aquella virtud, consiguientemente el espíritu está flaco y desfallece de lo que debe conforme á razon en aquella ocasion y en aquella materia en que ayuda y fortalece aquella virtud. Y no solamente se siente esta flaqueza en la materia particular de aquella virtud que falta, pero cualquiera de las demás virtudes que parece que se poseen, se halla sola y desamparada; y por faltar una, se vienen muchas veces á perder todas, y se cumple la sentencia que se dió contra aquel siervo perezoso que no grangeó nada con el talento de su señor ¹: «Al que tuviere le darán más; y al que no tiene, le quitarán áun aquello que parece que tenia.» Cualquiera virtud, dice san Gregorio ², tanto es menor, cuanto no tiene las demás en su compañía. Porque muchas veces nos ha sucedido ver algunos hombres castos, pero no humildes; algunos que parecen humildes, pero no misericordiosos; otros que parecen misericordiosos, pero no justos; otros que se tienen por justos, pero son de los que tienen puesta la confianza, no en Dios, sino en sí mismos; y es cierto que ni la castidad puede ser verdadera donde falta la humildad; ni es verdadera humildad la que no se acompaña con la misericordia, ni sabe inclinarse á la compasion de las miserias ajenas; ni es misericordia verdadera la que se tuerce de la rectitud de la justicia; ni es justicia verdadera la que no pone su confianza en el Criador, sino en sí mismo ó en las criaturas. Así que una virtud sin las demás no es virtud, ó si lo es, no es virtud perfecta. De esta doctrina de san Gregorio se saca, que de tal

¹ Matth. XXV, 29. — ² Greg., lib. 22, Mor., c. 1.

manera nos hemos de ejercitar en las virtudes, que ninguna dejemos, ninguna menospreciemos pensando que no es necesaria; porque la falta de cualquiera, por mínima que sea, hace falta y suele ser ocasion de muchas faltas. Ningun rostro se puede llamar hermoso, si una sola parte tiene fea: ningun hombre está honestamente vestido y adornado, si una sola parte tiene rota ó desnuda: ningun edificio es firme y acomodado, si no tiene todas sus cuatro paredes trabadas entre sí y con el techo: y es cierto que las virtudes son las que hacen la hermosura del hombre interior, y las que le visten y adornan, y le hacen ser casa y templo de Dios; y así cualquiera que falte, ni el espíritu tiene hermosura, ni está decentemente vestido y adornado, de manera que cubra honestamente la confusion de su desnudez. Y para poder cubrirla aconsejaba el Espíritu santo al obispo de Laodicea ¹, que comprase oro fino y quilatado, para ser rico y vestirse de vestiduras blancas para que no se viese su pobreza y confusion. Esta es aquella vestidura de bodas ², que por no tenerla el otro convidado fué atado de piés y manos, y mandado echar en las tinieblas exteriores. Porque ¿con qué cara se ha de querer sentar á la mesa en compañía de los otros santos, el que va roto y remendado con la falta de alguna virtud, y sucio y manchado con las culpas que ha cometido por falta de ella? Pues si miramos las virtudes como un edificio espiritual, que hace morada y templo para Dios, se ve más claramente cuan necesarias sean todas para la firmeza y perfeccion de él. Porque, como dice san Doroteo, el que quiere edificar una casa, conviénele levantar su edificio por todas cuatro paredes; porque si atiende á sola una

¹ Apoc. III, 18. — ² Matth. XXII, 12, 13.

y se descuida de las demás, pierde su trabajo y su dinero, y al cabo no tiene casa en que morar; porque no mira que cualquier viento le puede derribar aquella pared por no estar encadenada y trabada con las demás, y cuando estuviera muy firme, mal se puede cargar el techo sobre una sola pared. Y lo mismo dice este santo que sucede á los que insistiendo solamente en el ejercicio de una sola virtud, se descuidan de ejercitarse en las demás; los cuales tambien son semejantes á los que saliendo á la pelea dejasen desarmada cualquiera parte del cuerpo, que por allí puede su enemigo acometerles y darles la muerte.

Esta es la primera dificultad, y no la menor, de los que caminan esta segunda jornada de la via iluminativa, y están en el estado de los proficientes, conviene á saber, haber de crecer y aprovecharse en tantas y tan diferentes virtudes. Para lo cual es necesario estar atentos á las materias y ocasiones de cada virtud, y las circunstancias y modo con que debe ejercitarse; es menester pelear con el vicio contrario, y con la costumbre y pasion que inclina á él. Y si es verdad que el rey que es combatido y se le hace guerra por muchas partes, teniendo repartidas sus fuerzas está más flaco para defenderse en cada una de ellas; y el que tiene á su cargo muchos negocios, teniendo repartida la atencion, no puede dar tan buen recaudo á cada uno de ellos; ¿cómo podrá un espíritu flaco hacer juntamente guerra á tantos vicios, y defenderse de ellos, y atender al ejercicio de tan diferentes virtudes? Para hacer los vestidos con que se compone el cuerpo, y las joyas con que se adorna, son menester tantos y tan diversos oficiales, por ser tan diferentes las materias en que labran, y tan varias las formas y figuras de estos aderezos; pues ¿cómo no será

menester mucha industria y mucho trabajo y atencion para hacer los vestidos del alma, y las joyas preciosas de las virtudes con que se compone y adorna, siendo tan diferentes las materias, las circunstancias y ocasiones de cada virtud? Para un edificio son menester tantos materiales, tantos artífices, tanta costa y trabajo; ¿cómo no será menester mucho más para edificar este templo y casa para Dios, que se viene á fabricar con la junta y trabazon y correspondencia de todas las virtudes? Por lo cual nos aconseja el Salvador ¹, que el que tratare de edificar esta torre, haga primero la cuenta si tiene caudal para acabarla, porque no dé ocasion de escarnecerle y reirse de él, á los que vieren que no pudo salir con lo que habia emprendido.

Es verdad que todo lo necesario para este edificio está de nuestras puertas adentro, sin ser necesario salir á buscarlo fuera de nosotros, porque el suelo donde hemos de edificar es nuestro corazon; los artífices nuestras potencias, entendimiento y voluntad; los materiales sus mismos actos de ellas, esto es, los pensamientos y los afectos, de los cuales pulidos y labrados con el ejercicio de las mismas potencias se viene á levantar este grande edificio de que hablamos. No es necesario navegar los mares, ni discurrir por regiones no conocidas para recoger piedras preciosas y mármoles escogidos; no es necesario traer por el mar desde el Libano los cedros, ni juntar no sé cuántos millares de artífices y maestros que bastan á consumir los tesoros de los reyes; nada de esto te piden: de tí y en tí has de fabricar la casa para el Señor Dios tuyo, tú mismo has de ser el artífice, el suelo ha de ser tu corazon, y la materia tus

¹ Luc. XIV, 28-30.

pensamientos y tus afectos. Y aunque esto es así verdad, y que no es pequeño alivio de este cuidado, ni poca ayuda de costa para este edificio, saber uno que para él no le puede hacer falta ninguna de las cosas que están fuera de sí; ¿pero quién se entenderá consigo mismo? y ¿quién podrá poner en orden los pensamientos y los afectos que tiene dentro de sí? El que entrare dentro de sí para reformarse y componerse con las virtudes, y reglar por ellas todos sus pensamientos y afectos, tal vez experimentará que el mundo que está dentro del hombre es el mundo mayor, y que éste que se ve por defuera en su comparacion es mundo menor. Pues para vencer esta dificultad sirve el primero de los propósitos que arriba dijimos, que es recoger todos nuestros cuidados y pensamientos á la imitacion de Cristo nuestro Señor y al cumplimiento de sus inspiraciones, que es el primer paso de la via iluminativa de que trataremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO VII.

QUE EL PRIMER PASO DE LA VIA ILUMINATIVA, ES EL PROPÓSITO DE IMITAR Á CRISTO NUESTRO SEÑOR, Y CUMPLIR SUS INSPIRACIONES.

PARA el intento que propusimos en el capítulo pasado, tenemos necesidad de declarar y probar dos cosas. La primera, que el primer paso de esta segunda jornada, es un propósito firme de imitar á Cristo nues-

tro Señor, en aquella forma que él nos inspirare, y en aquel grado y modo de vivir á que él nos llamare. La segunda, que este propósito ayuda á vencer la primera dificultad de este camino, que nace de la muchedumbre de las virtudes que son necesarias para la perfeccion.

¶ Cuanto á lo primero se debe advertir, que antes del primer ejercicio, que es la Encarnacion, puso nuestro santo Padre una meditacion, como principio y fundamento de toda la segunda semana, cuyo título es: *El llamamiento del rey temporal, etc.* De manera, que así como en la primera semana, antes de la primera meditacion, que es el ejercicio de las tres potencias, está puesto un principio y fundamento fuera del número de todas las meditaciones; así tambien fuera del número de las meditaciones de la segunda semana, y antes de la primera de ellas está el ejercicio del llamamiento del rey temporal, como principio y fundamento de todas. Y así como en el principio y fundamento de la primera semana se enseñan dos verdades: la primera, cuál sea el último fin para que el hombre fué criado, la segunda que todas las criaturas fueron hechas para ayudarnos á conseguir este último fin; y así como el fin y fruto que se ha de sacar de aquella meditacion no es otro, sino hacer dos propósitos: el primero una firme determinacion de buscar y conseguir, quanto es de nuestra parte, nuestro último fin, y el otro de indiferencia á todas las cosas criadas, no queriendo, quanto es de nuestra parte, tomarlas ni dejarlas, sino quanto nos ayudan ó estorban á conseguir nuestro último fin; de la misma manera en el ejercicio del rey temporal se enseñan dos verdades. La primera, que no hay otro camino para alcanzar en esta vida la perfeccion y despues de ella la bienaventuranza, sino es la imitacion de Cristo nuestro Señor, el cual dijo

de sí¹: Yo soy el camino. Y de aquí es, que este Señor los llama á todos para que le sigan, haciendo guerra contra su propia sensualidad, y contra su amor carnal, y mundano, é imitándole en pasar injurias y afrentas, y todas las demás incomodidades que trae consigo la pobreza y falta de las cosas necesarias. La segunda verdad es, que atento que Cristo nuestro Señor es generalmente el dechado y ejemplar de todos los que se han de salvar, y es el camino por donde han de caminar todos los superiores, y los súbditos, los príncipes y los vasallos, los casados y las vírgenes, los religiosos y los seculares; de ahí es, que no todos pueden imitar á Cristo nuestro Señor en el mismo grado y en la misma forma, mas cada uno debe sacar de aquel ejemplar conforme á su oficio y estado, y á sus particulares obligaciones. Y por eso debe cada uno estar atento á la inspiracion y llamamiento de este Señor para escoger aquel estado de vida y para gobernarse en él, conforme á su santísima voluntad. A estas dos verdades se siguen dos propósitos, en que consiste el fruto de esta meditacion. El primero, es el propósito de seguir é imitar á Cristo nuestro Señor, y muy particularmente en sus deshonoras y afrentas, y en todos los demás trabajos de su cruz, conforme á lo que él dijo²: El que quisiere venir en pos de mí, tome su cruz y sígame. El segundo propósito es de seguir el llamamiento, y cumplir y ejecutar las inspiraciones de este Señor, así en lo que toca al estado de la vida, como á las demás cosas particulares. Y estos son los dos propósitos en que decíamos que consiste el primer paso de esta segunda jornada y via iluminativa.

Y que sea éste el intento y fin de este ejercicio del

¹ Joann. XIV, 6. — ² Matth. XVI, 24.

llamamiento del rey temporal, y el fruto que se ha de sacar de él, consta claramente, si consideramos con atencion las palabras del mismo ejercicio. Porque lo primero, que no hay otro camino para la perfeccion, ni otra esperanza de alcanzar la gloria, sino la imitacion de Cristo nuestro Señor, se propone luego en la plática que hace el rey temporal á los suyos cuando dice¹: *Mi voluntad es de conquistar toda la tierra de infieles, por tanto quien quisiere venir conmigo ha de ser contento de comer como yo, y así de beber y vestir, etc. Asimismo ha de trabajar como yo en el dia, y vigilar en la noche, etc., porque así despues tenga parte conmigo en la victoria, como la ha tenido en los trabajos.* Y aplicando estas palabras despues á la plática que hace el Rey eterno, dice así²: *Mi voluntad es de conquistar todo el mundo, y todos los enemigos, y así entrar en la gloria de mi Padre. Por tanto quien quisiere venir conmigo, ha de trabajar conmigo, porque siguiéndome en la pena, tambien me siga en la gloria.* Al conocimiento de esta verdad se ha de seguir el propósito de imitar á Cristo nuestro Señor, el cual se declara en el último punto de este ejercicio, donde se dice³: *El tercero, los que más se querrán afectar y señalar en todo servicio de su Rey eterno y Señor universal, no solamente ofrecerán sus personas al trabajo; más aun haciendo contra su propia sensualidad y contra su amor carnal y mundano, harán oblaciones de mayor estima y mayor momento diciendo: Eterno Señor de todas las cosas, yo hago mi oblacion con vuestro favor y ayuda delante vuestra infinita bondad, y delante vuestra Madre gloriosa, y de todos los santos y santas de la corte celestial, que yo quiero y deseo, y es mi determinacion*

¹ 2.^a Semana. El llam. del rey temporal. — ² 2.^a Semana. Ibid. — ³ 2.^a Semana. Ibid.

deliberada (sólo que sea vuestro mayor servicio y alabanza) de imitaros en pasar todas injurias, y todo vituperio, y toda pobreza, así actual como espiritual, etc. Esto es lo que toca á la imitacion de Cristo nuestro Señor.

Pero que esta imitacion se haya de hacer conforme al llamamiento é inspiracion del mismo Señor, es cosa muy constante y repetida en estos ejercicios de nuestro santo Padre. Porque primeramente en la anotacion quince de las veinte primeras advierte el Santo: *Que el que da los ejercicios no debe mover al que los recibe más á pobreza ni á promesa que á sus contrarios, ni á un estado ó modo de vivir que á otro. Porque dado que fuera de los ejercicios, licita y meritoriamente, podamos mover á todas personas, que probabiliter tengan sujeto para elegir continencia, virginidad y religion, y toda manera de perfeccion evangélica, tamen en los tales ejercicios espirituales, más conveniente, y mucho mejor es, buscando la divina voluntad, que el mismo Criador y Señor se comuniquen á la su ánima devota, abrasándola en su amor y alabanza, y disponiéndola por la via que mejor podrá servirle adelante: de manera, que el que los da no se decante ni se incline á la una parte ni á la otra, mas estando en medio, como un peso deje inmediatamente obrar al Criador con la criatura, y á la criatura con su Criador y Señor.* Este es un grande aviso para los padres y maestros espirituales, del cual hablaremos más á la larga en su propio lugar. Y á nuestro propósito bien claramente se ve, que, pudiendo uno imitar á Cristo nuestro Señor en varios estados y diferentes grados de perfeccion, aquél tan solamente deba escoger, á donde le inclina el espíritu de la gracia y la divina inspiracion. Y el tomar resolucion, y hacer propósito de obedecer á este llamamiento é inspiracion divina, es el intento de esta meditacion del rey temporal, y el fruto que hemos de

sacar de ella. Lo cual se propone en el segundo preámbulo, que dice así ¹: *El segundo demandar la gracia que quiero, será aquí pedir gracia á nuestro Señor para que no sea sordo á su llamamiento, mas presto y diligente para cumplir su santísima voluntad.* Y estuvo tan atento nuestro santo Padre á este punto, de que la imitacion de Cristo habia de ser conforme á su llamamiento é inspiracion, que, siempre que trata de la imitacion de la pobreza de Cristo, porque en esto puede haber en la Iglesia diferentes vocaciones y estados, añade siempre aquella condicion: *Si fuere ésta la divina voluntad, y si Dios nuestro Señor me quisiere llamar á este estado.* Esto se ve en el tercer punto de la segunda parte de este ejercicio del rey temporal, donde dice ² que se ofrece á toda pobreza, *así actual como espiritual, queriéndome vuestra santísima Majestad elegir y recibir en tal vida y estado.* Y en la segunda parte del ejercicio de las banderas se introduce Cristo nuestro Señor exhortando á sus capitanes y soldados ³: *Que á todos quieran ayudar en traerlos primero á suma pobreza espiritual, y si su divina Majestad fuere servida, y los quisiere elegir, no menos á la pobreza actual.* Y en el coloquio del mismo ejercicio repite lo mismo: *Un coloquio, dice ⁴, á nuestra Señora, porque me alcance gracia de su Hijo y Señor, para que yo sea recibido debajo de su bandera y primero en suma pobreza espiritual, y, si su divina Majestad fuere servida y me quisiere elegir y recibir, no menos en la pobreza actual, etc.* Sea pues la conclusion de todo lo dicho, que el primer paso de esta segunda jornada, y el primer propósito de los proficientes, ha de ser tomar por guia y por dechado la vida y doctrina de Cristo nuestro

¹ 2.^a Semana. El llam. del rey temporal. — ² 2.^a Semana. Ibid. — ³ 2.^a Semana. Dos banderas. — ⁴ 2.^a Semana. Ibid.

Señor, proponiendo firmemente de seguir su llamamiento y santas inspiraciones, para perfeccionarse en cualquier estado de vida que escogieren, con la imitación de sus ejemplos, con la ejecución de su doctrina, y con la obediencia de sus inspiraciones.

Esto supuesto, veamos ahora cuál es la razón porque el amor del último fin, y la indiferencia á todas las cosas criadas, es el primer propósito de los incipientes, y el primer paso de la vía purgativa, y por eso se propone en el principio y fundamento de la primera semana; y porque también la imitación de Cristo nuestro Señor y el obedecer á sus inspiraciones es el primer propósito de los proficientes y el primer [paso de la vía iluminativa, y por esto se propone en esta primera meditación, que es como principio y fundamento de la segunda semana.

Para mayor inteligencia de este punto debemos presuponer, que de dos partes principales que tiene el ejercicio de la virtud, y de la justicia y santidad cristiana, que son apartarse del mal y hacer bien, la primera que es apartarse del mal, pertenece á la vía purgativa, y es propio ejercicio de los incipientes, y el fin de la primera semana. Y la segunda, que es aprovecharse en el bien, pertenece á la vía iluminativa y al estado de los proficientes, y es el fin de la segunda semana. Para apartarse del mal, el primer paso es conocer que es malo, y sacar á tiempo aquella consecuencia que tan tarde y tan sin provecho sacaron los malos después de haber visto su condenación ¹: *Ergo erravimus a via veritatis, et justitiæ lumen non uxit nobis, et sol intelligentiæ non est ortus nobis*. Luego errado habemos, dicen los desventurados,

¹ Sap. V, 6.

del camino verdadero, y la luz de la justicia no nos ha amanecido, ni el sol de la inteligencia ha salido para nosotros. Este es el primer paso de los que quieren acertar, el conocer que han errado. Y así como el que ha errado un camino, lo primero que hace es poner los ojos en el fin y término á donde pretende llegar; y de allí conoce y echa de ver que va errado; y de este conocimiento se sigue el detenerse y no pasar adelante; y para no pasar adelante ni porfiar en el yerro en que ha caído, el remedio es no aficionarse ni resolverse á echar por un camino ni por otro, por razones y motivos particulares, como serían, por ser el camino más llano, más fresco ó más florido y ameno, pues todo esto importa poco para llegar al término deseado, antes cuanto es de su parte se hace indiferente á cualquier camino, no deseando más que alcanzar el fin propuesto; de la misma manera el que ha errado el camino de su salvación, lo primero que debe hacer, es poner los ojos en el último fin para que fué criado, y por él descubrirá los errores de la mala vida, que tan lejos nos desvian de este fin. Y tomando resolución de enderezar su camino para conseguir este último fin, lo segundo se debe hacer indiferente á todos los bienes y los males de este mundo; para que si el amor de los bienes y el temor de los males presentes le había hecho correr por el camino de su perdición, la indiferencia á los mismos males y bienes le detenga de hacer mal, hasta descubrir el camino por donde se ha de adelantar en el bien. Y ésta es la causa porque el amor del último fin, y la indiferencia á todas las cosas criadas, es el primer paso de los que empiezan, como se contiene en el principio y fundamento de la primera semana.

En la segunda semana, el primer paso es el propósito de imitar á Cristo nuestro Señor, y de obedecer á su llamamiento y á sus inspiraciones. Y la razon de esto se saca de la misma semejanza del que ha errado un camino. Porque así como éste despues de haberse detenido para no llevar adelante su error, antes de empezar á caminar lo primero que hace, es determinar y escoger el camino por donde ha de llegar al término que pretende; y si el tal camino es dificultoso, y se atraviesan por él sendas diferentes, ó tiene otros pasos en que poder errar, busca guia que le vaya enderezando y guiando para no rodear ó perderse; eso mismo debe hacer en primer lugar el que trata de aprovecharse y andar adelante en el camino de las virtudes; porque lo primero ha de determinar el camino, y lo segundo ha de buscar guia que le lleve por él. El camino no hay otro sino Jesucristo nuestro Señor, el cual dijo de sí mismo ¹: Yo soy el camino, ninguno viene á mi Padre sino por mí. Y en otra parte ²: Yo soy la puerta, si alguno entrare por mí será salvo. Y todo el Evangelio y epístolas canónicas están llenas de este sentimiento, que todo nuestro bien y aprovechamiento consiste en la imitacion de Jesucristo Señor nuestro, y en hacernos semejantes á él. Mas porque en la Iglesia hay muchos y varios estados, muchos y varios caminos, diferentes ejercicios, diversísimas virtudes y varios modos de ejercitarlas; y Cristo Señor nuestro es dechado generalmente de todas, y ejemplar de toda aquella variedad de que está vestida y hermoseedada la santa Iglesia; ésta es la causa porque hay necesidad de guia para andar este camino, y para saber cada uno la parte que le toca de él. Y esta guia no es

¹ Joann. XIV, 6.—² Ibid. X, 9.

otra, que el llamamiento secreto de Cristo nuestro Señor, que como buen pastor va delante y nos endereza por las sendas de la justicia, como está escrito en el Salmo ¹: *Deducit me super semitas justitiæ, propter nomen suum*: Que por sólo ser quien es nos encamina y lleva como de la mano por el camino de la virtud. Esta guia es el Espíritu santo, que con su secreta inspiracion nos mueve y enseña, y con su soplo nos inspira hasta tomar puerto en la tierra deseada, como está escrito ²: *Spiritus tuus bonus deducet me in terram rectam*. Pues luego el primer paso de la via iluminativa, es el propósito de imitar á Cristo nuestro Señor, y de seguir su llamamiento é inspiracion, como se propone en el principio y fundamento de la segunda semana. Resta que declaremos cómo este principio ayuda á vencer la dificultad que nace de la muchedumbre y variedad de las virtudes, lo cual veremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO VIII.

QUE CON EL EJERCICIO SOBREDICHO SE VENDE LA PRIMERA DIFICULTAD DE LA MUCHEDUMBRE DE LAS VIRTUDES.

CON este propósito que hemos dicho, se quita la primera dificultad de los proficientes, que nacia de la muchedumbre y diversidad de las virtudes. Las cuales si

¹ Psalm. XXII, 3.—² Psalm. CXLII, 10.